

ESQUILO; LOS PERSAS COMO EXPRESIÓN DEL PROCESO DE DESCUBRIMIENTO DEL ESPÍRITU GRIEGO

Esquilo: The persas as an expression of the process of discovery of the greek spirit

Gilda Pandolfi Setti

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación - Chile
gildapandolfis@gmail.com
Antigüedad

Resumen

En *Los persas*, Esquilo poetiza la derrota naval de Salamina del poderoso ejército persa. Asia y Europa, primitivismo y civilización, se recrean en la *skene* y *proskenion* del teatro griego, conceptos no diferenciados por la conciencia de los persas.

El espíritu griego, como fundador del pensamiento, enmarca a Europa en un espacio espiritual que la determina y la distingue. Heredero de Homero y de los dioses, el pensamiento empieza con los griegos y desde entonces se considera la única forma que existe de pensamiento: convertido en filosofía o ciencia, tiende hacia valores incondicionales y absolutos, y hacia la verdad; no sólo aspira a ella sino que alcanza lo duradero, lo incondicional y lo verdadero. Alma y cuerpo, saber y entendimiento, serán una de las conquistas que los griegos realizarán en la hazaña de descubrir la noción de espíritu y de pensamiento, de la que nacerá Europa y la civilización occidental.

Palabras clave: espíritu - pensamiento - griego-guerra

Abstract

In *The Persian*, Aeschylus naval defeat of Salamina of the powerful Persian army. Asia and Europe, primitivism and civilization, are recreated in the *skene* and *proskenion* of the Greek theater, concepts not differentiated by the Persian's conscience. The Greek spirit, as the founder of thought, frames Europe in a spiritual space that determines and distinguishes it. Inheritor of Homer and the gods, the thought begins with the Greeks and since then it is considered the only way of thinking: converted into philosophy or science, tend towards unconditional and absolute values, and towards truth, not only aspires to it, but also reaches the everlasting, the unconditional and the truthful. Soul and body, knowledge and

understanding, will be one of the achievements that the Greeks will make in the feat of discovering the notion of spirit and thought, from which Europe and Western civilization will be born.

Keywords: spirit - thought - greek - war

El espíritu griego, como fundador del pensamiento europeo, y por tanto de la civilización occidental, enmarca a Europa en un espacio espiritual que la determina y la distingue.

Herederos de Homero y de los dioses, el pensamiento europeo empieza con los griegos, convertido en filosofía o ciencia, y tiende hacia valores incondicionales y absolutos, tiende hacia la verdad; no sólo aspira a ella, sino que alcanza lo perdurable, lo incondicional y lo verdadero: lo eterno.

Para seguir el milenarismo proceso que va desde el mundo griego arcaico, hasta el pensamiento europeo, hay que comprender como nace el pensamiento entre los griegos. Los griegos no sólo conquistaron nuevas materias de reflexión, la ciencia y la filosofía, sino que fueron los primeros en descubrir el alma humana como espíritu activo, inquisitivo e investigador, descubrimiento que parte de una nueva concepción del hombre: cuerpo y espíritu.

Europa, recorre el sinuoso trayecto de la creación del espíritu griego, que se va abriendo espacio por entre el follaje de las palabras arcaicas de la lengua homérica, secas y de recónditos y sutiles significados, que penetran los modos de ser del espíritu en el lenguaje, en el que avanza la creación de este nuevo monumento del genio griego.

La distinción entre cuerpo y alma; la religión homérica, como primer esbozo de un nuevo edificio espiritual; la existencia de un pensamiento lógico; la noción de un yo responsable de sus actos; la expresión poética lírica; apertura a la personalidad individual, etc., son el resultado de una evolución larga y difícil, iniciada en Grecia hace más de dos milenios, y que constituyen las ideas fundantes de la historia intelectual de Occidente y los pilares mismos de la civilización europea.

La tragedia es una de las conquistas señeras del descubrimiento del espíritu emprendida por los griegos. Esquilo, en *Los Persas*, poetiza la tragedia de la derrota naval de Salamina, del poderoso ejército persa frente al pequeño ejército griego.

Unos, anhelantes de uncir el yugo persa a los helenos y de conquistar las posesiones del "otro continente", los otros, de jóvenes a ancianos, defensores de su bien más preciado: la libertad.

Asia y Europa, cuerpo y espíritu, barbarie y civilización, instinto y pensamiento, se recrean en la *skene* y *proskenion* del teatro griego; cuerpo y alma, concepción que distingue el espíritu griego, conquista primera, concepto no diferenciado por la barbarie persa; uno en estado de iluminación, el otro, anquilosado en las sombras de su mundo primitivo.

La escena de *Los Persas* se desarrolla en Susa, ante el palacio real, donde se eleva el monumento funerario del Gran Darío.

Entra el coro de ancianos, dignatarios del Consejo de Estado elegidos por Jerjes en honor a sus canas, a quienes ha confiado la tutela del reino.

Ante nuestros ojos surge una imagen imponente del poderío persa, que se pone en movimiento con el propósito de la conquista; caudillos, reyes súbditos del gran rey, van al cuidado de esa expedición poderosa, por mar y por tierra; diestros en el arco, jinetes expertos, y por su ánimo arrojado, terribles en la pelea.

El amontonamiento y cantidad de armas y guerreros, suscita una sensación de poder y destrucción sin límite. Nombres extranjeros hieren los oídos: “Artembares que combate a caballo; y Masistes, e Imeo, el valeroso buen flechero, Farandaces, que con mano firme rige el carro de guerra, y los que envía el fecundo Nilo, Babilonia, Tebas, el Delta...”¹.

Nos damos cuenta que un mundo entero está en juego. La *Hybris* griega está presente: el exceso sin medida, sin freno, sin prudencia, ha armado las fuerzas de Jerjes.

La alternancia entre estrofa y antiestrofa, van haciendo avanzar la acción dramática en un grandioso crescendo.

El poder persa lo canta el coro: ya el ejército destructor de ciudades ha superado el Bósforo, confin de mundos; ya le echó al mar sobre la cerviz, el yugo de su dominación; ya está a la cabeza, el señor de Asia, el soberano semejante a los dioses, con la mirada encendida del dragón ávido de sangre; ninguno resistirá a los persas, ya que “destructor” él se llama. Los dioses mismos le han asignado la tarea de combatir y destruir. Incluso el mar, ya no es un límite para él.

Pero el coro se pregunta:

“¿Qué mortal escapará a la engañosa astucia del destino? ¿Quién tan ligero de pies será, que con fácil salto salve sus redes? Esto es, porqué mi corazón, oscuramente envuelto, está destrozado por el miedo que puedan resonar, para nosotros, lamentos en vez de cantos de victoria”².

¹ Esquilo (1947) *Tragedias. Los Persas*. Buenos Aires: Editorial Losada. P. 53.

² Esquilo. Op. cit., P. 54.

A medida que progresa el canto del coro, se revela un motivo distinto, más profundo: el máximo peligro reside en el exceso de fuerza y voluntad que se despliega en el ejército persa, la *Hybris*. Los persas no conocen la medida, en sus acciones se hace presente la *Hybris*, el hado que rehúyen los griegos, el exceso, al que se opone su ideal mayor: el orden, el equilibrio, la medida.

Oímos, en medio del canto, las palabras oscuras y graves del engaño artero de la divinidad, de la cual no puede sustraerse hombre alguno. Menciona a la *Até*, el mal que la divinidad envía al hombre y que, visto por el hombre, se manifiesta como la obcecación que en el primer momento se le aproxima aduladora, pero que ofusca más y más sus sentidos y termina por llevarle a la perdición.

Indudablemente que el descubrimiento de la conciencia histórica que estaba gestándose en el espíritu griego, desde las leyendas heroicas y las transmisiones de las musas recogidas por Homero, en Heródoto, Padre de la Historia, había ya logrado su maduración fundamental y estaba ya preparado, para cuando Esquilo, después del 490 a. C., se siente en el momento espiritual propicio y comienza a escribir *Los Persas*.

Esquilo, héroe de Salamina, está en una condición histórica de excepción. No sólo él lo ha visto, sino lo ha vivido. Ha sido parte activa de la historia sagrada de su tiempo, sagrada no sólo por el fuego divino de su entusiasmo y la entrega generosa de sí, sino, por la epifanía de aquel orden cósmico divino, que él había ya descubierto y proclamado.

La defensa de la libertad, sentido que traspasa *Los Persas*, se convierte a sólo ocho años de distancia de los hechos reales, en un testimonio excepcional que revela el valor que tenía el acontecimiento en la conciencia de quienes habían sido sus heroicos protagonistas.

Toda la tragedia está inspirada en el justo orgullo de la victoria conseguida por obra del pueblo, y con el favor de los dioses, en defensa de la patria y de la libertad.

“¡Oh! hijos de la Hélade, andad, libertad a la patria; libertad a vuestros hijos, a vuestras esposas, y a los templos de los dioses de vuestros padres, y a las tumbas de vuestros mayores. Por todo ellos vais ahora a empeñar la lucha”.³

Es la arenga de guerra de los griegos.

El coro aún se encuentra en la espera ansiosa por falta de noticias, cuando aparece la reina Atosa, viuda de Darío y madre de Jerjes, angustiada por aciagos presagios que la acongojan.

³ Esquilo. Op. cit., P. 63.

Atosa pregunta sobre la guerra, “¿Dónde queda Atenas? ¿Quiénes son sus jefes? El coro contesta: “No se dicen esclavos ni súbditos de hombre ninguno”.⁴ Van surgiendo del magnífico diálogo de Esquilo los valores griegos, que se oponen esencialmente al de los persas. Persia está impulsada por la codicia, por el ansia de dominio y poder, pero además hay algo más profundo, a los persas los mueve la soberbia de uncir a su yugo esclavo, a la Hélade y a Europa; en tanto que la Hélade, sólo aspira a la libertad de la patria y al respeto a sus sagrados valores que exaltan en su arenga de combate: la familia, la tradición, el respeto, y la honra a sus muertos y antepasados, fe y veneración a sus dioses, amor y libertad a la patria.

En medio de todo este mundo de pasiones y principios que combaten sus supremacías existenciales, está el hombre, el hombre que los griegos están buscando y descubriendo; “aquel que de ningún hombre son esclavos, ni sumisos”.

De pronto, llega un mensajero a la carrera que anuncia el desastre: de un solo golpe ha caído la flor de los persas y ha perecido el ejército.

El Mensajero anuncia, en un verso grávido de desastres, todas las desgracias. La voz de Esquilo, habla tras esta voz, ¡Cómo tiembla en sus palabras, la solemnidad que cobra la noticia del desastre persa!

“¡Oh ciudades todas de Asia! ¡Oh tierra de Persia! Cómo una gran prosperidad vino al suelo de un solo golpe? ¡Cayó y pereció la flor de los persas! ¡Ay de mí, que el primer mal es tener que anunciar males! ¡Persas, el ejército entero de los bárbaros, ha perecido! Yo mismo vuelvo a ver el sol de mi patria, contra lo que esperaba”. “Presente estaba yo. No será de oídas, oh persas, como os haré la triste relación de las desventuras que nos han sobrevenido”⁵.

El mensajero, es el testigo ocular de la historia, “no será de oídas” quien nos habla, no es el sujeto que cuenta lo que le han contado, es la voz de Esquilo viviente, luchador viril, heroico guerrero, quien nos da cuenta: “Llenas están de cadáveres las costas de Salamina”⁶, inútiles las flechas y sus flecheros.

La palabra de Esquilo, destaca su insigne espíritu. En la creación de *Los Persas*, ningún nombre griego aparece, ¡Dignidad pura! Ni una expresión de alabanza, ni un gesto de orgullo, ni una exaltación heroica a la Hélade. Tampoco, sentimiento de odio al invasor, ni venganza, ni alegría en su derrota.

⁴ Esquilo. Op. cit., P. 58.

⁵ Esquilo. Op. cit., P. 59.

⁶ Esquilo. Op. cit., P. 60.

La intervención del mensajero, en el centro de la tragedia, es portentosa en la belleza y en su valor histórico. Es el mensajero, un soldado que ha librado la batalla, que ha disparado sus flechas, un soldado de a pie tal vez, que ha estado en el continente “de la otra orilla”, o en las aguas del Bósforo, que se ha sumergido en medio de los despojos de las naves y los cadáveres ensangrentados.

No es una historia que los siglos han transfigurado, por efecto del dolor, la ira o la fantasía endiosadora, en mito o leyenda, es historia, historia pura, registrada por un poeta genial, y convertida en arte trágico por el poder transfigurador de la poesía.

La palabra de Esquilo, descriptiva y evocadora, nunca es más profunda que en la fuerza de la palabra desnuda, está ausente de toda retórica, de todo afán exaltador de la gloria conquistada. Sus palabras se recrean en la expresión de una profunda conciencia religiosa y civil, que exalta la victoria como recompensa de los dioses por la piedad de los griegos, en tanto que los persas sufren la impiedad de Jerjes “el destructor”, que osó incendiar los templos. Así, el hecho trasciende la importancia, de por sí grandiosa del suceso, y se eleva hasta la contemplación de una ley moral más que histórica.

El poema de la victoria de los griegos se nos revela como símbolo del gobierno de la divinidad. No es el orgullo del vencedor que canta su propia alabanza, la causa de la catástrofe del poderío persa, se presenta como la consecuencia de aquel pecado que el griego llama *Hybris*. El hombre alcanzado por la *Até*, traspone las fronteras que le han señalado, perturba el orden del mundo y debe caer víctima de su propio ofuscamiento. Así, el reino persa rebasó los límites que le correspondían, y la arrogancia de esta campaña se expresó en el sacrilegio de Jerjes, que invirtió el orden de los elementos, hizo del mar la tierra, y con su poderoso pontón puso cadenas al sagrado Helesponto. Pero en esta misma escena leemos unas oscuras palabras: “Cuando se está dominado por un ardiente afán, Zeus echa una mano. En el camino al crimen, el hombre encuentra en la divinidad, un colaborador dispuesto”.

Las ceremoniales palabras de Esquilo ponen en la escena griega la sombra de Darío, Darío el justo, el sabio, el piadoso.

Invocado por la reina y el coro, con altas y plañideras voces y gemidos, tratan de trasponer con su arenga el abismo de la muerte, y alcanzar al rey y al esposo.

Suplican a Darío: “Señor de Señores”⁷, “Padre Benigno” que aparezca y traiga salvación. Súbitamente, Darío emerge desde las sombras, en el augusto esplendor de su dignidad; viste atavíos regios y corona en la cabeza. Sólo por poco

⁷ Esquilo. Op. cit., P. 69.

tiempo se le ha permitido ver la luz, por lo tanto, deberán apresurarse en contar sus aflicciones: “¡Oh! fieles entre los fieles, compañeros de mi juventud, ancianos persas!”, saluda el rey, “que tribulaciones los aflige”⁸. El coro, cohibido, no habla ni mira; la reina se adelanta: “pereció el poderío de los Persas” [...] “el impetuoso Jerjes, que despobló todas las dilatadas llanuras de Asia”⁹; todo el pueblo persa ha sido exterminado por el hierro enemigo.

Darío se lamenta:

“¡Ay! ¡Cuán pronto vino el cumplimiento de los oráculos! En mi hijo ha hecho Zeus que se ejecuten todos los divinos anuncios. Imaginábame que los dioses habían de tardar largo tiempo en llevarlos a cabo; pero cuando el hombre corre desatentado a su destino, hasta el cielo se junta con él y le ayuda a despeñarse”¹⁰.

El coro sufre, llora, se lamenta.

El lamento del coro, es ya expresión lírica del sentimiento, descubierta por los griegos en el difícil camino de la revelación del espíritu, cuyo hallazgo es la expresión del alma del hombre como individualidad.

La identidad personal, hasta Homero arrinconada en el anonimato, aflora en la poesía lírica, cuyos versos recogen, no ya sólo el acaecer y la muerte, en que transcurre la vida del héroe, sino su dolor, su aflicción, su angustia, sus pérdidas, el sentir del hombre ante la existencia.

Los versos líricos se hacen cáliz del sentimiento, de la emoción, de la intimidad del alma que abre su silencio,

“¡Cruelles males, crueles! ¡Nuevas terribles! ¡Ay, ay! Llorad persas que oís estas lástimas”.¹¹ ¡Oh dolor! En vano juntaron sus armas todos los numerosos pueblos de Asia y fueron contra la funesta Héléade. Llenas están de cadáveres las costas de Salamina y todos sus alrededores”¹².

Los ancianos lloran el dolor de la muerte y del fracaso, de la juventud perdida, del ejército destruido, del pueblo asolado.

Largo camino debió recorrer el proceso de descubrimiento del espíritu griego, para llegar a la idea de virtud; desde Homero a Sócrates, Platón y más allá, cavaron en el alma humana y exploraron la materia que habita el Ser del hombre.

⁸ Esquilo. Op. cit., P. 70.

⁹ Esquilo. Op. cit., P. 71.

¹⁰ Esquilo. Op. cit., P. 73.

¹¹ Esquilo. Op. cit., P. 59.

¹² Esquilo. Op. cit., P. 60.

El carácter agonístico de todo lo que emprenden los griegos, lucha total, se representa en la idea de la *Areté*, la lucha por la perfección suprema y la excelencia del Ser, a cuyo logro y culminación, en la gloria y el honor, consuma la vida en la muerte.

La excelencia lograda, es la máxima aspiración a conquistar de todo el mundo helénico. Diseñada por la educación en un modelo de hombre superior, desde el arcano de los tiempos originales, había formado raza, mito, poesía, logos e historia, para sí mismos y el mundo venidero, y se articulaba en la posibilidad de lograr la más alta excelencia a que podía alcanzar el hombre, modelo superior de Ser, transformado en creatura ascensional, que tiende al Ser Supremo, en cuya realización se diviniza y encamina a lo eterno.

El hombre griego no siente el límite como destino, sino como meta a sobrepasar. Así, la excelencia, ideal máximo de honor y reconocimiento en la concepción de la *Areté*, hecha por un pueblo extraordinario, concibió al hombre como creatura ilimitada, en su impulso ascensional de perfección, que deviene en su dignidad suprema.

El coro pregunta a Darío qué hacer: Y en fin “¿Qué determinas? ¡Oh! Darío! ¡Oh Señor!” Después de lo ya sucedido ¿cómo haremos aún para que el pueblo persa vuelva a su antigua gloria?, y Darío responde categórico: “Jamás llevéis vuestras armas contra los helenos, [...] porque hasta la tierra misma pelea por ellos”¹³. Los bárbaros desolaron los templos, ciudades y palacios, y no retrocedieron ante el despojode las imágenes de los dioses y el incendio de los templos. Darío sentencia: “Los que cometieron estas maldades, ya están padeciendo males”¹⁴.

Darío, erguido en su irradiante dignidad, exhorta a sus fieles a la virtud.

“No os ensoberbecáis demasiado los que habéis de morir. De la flor de la soberbia sale luego la espiga del crimen; la mies que se coge es mies de lágrimas” [...] “Jamás deja sin castigo Zeus justiciero, la soberbia desenfadada, ni se olvida de pedir estrecha cuenta de nuestras acciones”¹⁵.

A Darío se le ha consumado su tiempo,

“Yo vuelvo a las tinieblas habitadoras de lo profundo. Y vosotros, ancianos, salud, y aún en los males mismos dad el alma a la alegría mientras el día luzca para vosotros; que las riquezas de nada aprovechan a los muertos”¹⁶.

¹³ Esquilo, op. cit., P. 74.

¹⁴ Esquilo, op. cit., P. 75.

¹⁵ Esquilo, op. cit., P. 75.

¹⁶ Esquilo, op. cit., P. 75.

¡Qué palabras! Sólo posibles en el que habla desde las tinieblas de lo profundo. No vale la pena nada, sólo la luz, sólo la vida.

En las palabras de Darío, sabiduría y bien, conocimiento valioso y bien, el *Agathos* griego, que ha culminado su vida realizando plenamente su *Areté*: justicia, sabiduría, valor, prudencia, ponderación, ajeno a la soberbia y a la *Hybris*, el destemplado exceso; Darío, él que ha conquistado el honor y la gloria de los siglos, por eso, “Señor de Señores y Padre Benigno”.

Europa tiene el honor de ser la portadora, en el camino de los siglos, del tesoro de la civilización occidental; hoy más que nunca, ante el vacío y la confusión, las miradas se vuelven a sus valores trascendentales, en cuyo salvataje ponemos las esperanzas de su eternidad.

Bibliografía

- ESQUILO (1947). *Tragedias. Los Persas*. Buenos Aires: Losada.
- ESCHYLE (1984). *Les Perses. Volume I*. París: Les Belles Lettres.
- KERENYL K. (1999). *La Religión Antigua*. Barcelona: Herder.
- SNELL B. (2007). *El Descubrimiento del Espíritu*. Barcelona: Acatilado.